

0726. Dos reinos enfrentados

Siempre, desde Jesucristo hasta hoy, hemos hablado en la Iglesia sobre los dos reinos: uno de Dios, otro de Satanás. El Reino de Dios, instaurado por Jesucristo y concretizado en la Iglesia, y el reino de Satanás, que arranca en la tierra desde el paraíso.

Los dos están en lucha despiadada, sin cuartel, con armas y sistemas diferentes del todo.

El reino de Satanás se hace con grandes victorias, porque arrastra a muchos detrás de sí, pero está condenado irremisiblemente a una derrota completa.

El Reino de Jesucristo sufre en apariencia grandes fracasos, sus victorias no meten ningún ruido, pero el triunfo completo está totalmente asegurado.

El reino de Satanás, de victoria en victoria aparentes, va a la derrota final.

El Reino de Jesucristo, de derrota en derrota aparentes, va hacia la victoria final y definitiva.

Así de antitéticos o de enfrentados son los dos reinos, entre los cuales no puede darse ningún pacto ni ninguna condición de paz. Lo único con que se puede contar es con una guerra sin cuartel y con la derrota definitiva de uno de ellos, la cual supone la victoria del otro.

Satanás lo sabe, y por eso se esfuerza en arrancar a Jesucristo y a su Reino todas las almas que puede, para que no alcancen la dicha que él perdió.

Pero Jesucristo tiene contados a todos sus elegidos, de los que no se perderá ninguno, ya que nadie se los podrá arrebatar de la mano.

Cuando ya la Iglesia había alcanzado la paz después de las persecuciones romanas, dos contrincantes se disputaban el poder del Imperio. El Emperador cristiano contaba con un ejército reducido, que confió a Jesucristo estampado en el estandarte que había sido de su padre. Su contrario tenía a su disposición un ejército numeroso y bien armado, que puso bajo la insignia del dios Hércules, símbolo pagano de la fuerza invencible. Antes de la batalla decisiva, arenga el Emperador cristiano a sus tropas:

- *No podemos tolerar que triunfe la imagen de Hércules aplastando a la de Cristo. Esta ignominia, no la permitimos.*

Se trabó la batalla, fue derrotado entre nubes de polvo el ejército pagano, y el cristiano alcanzó una victoria sonada.

Es una imagen viva de la lucha perenne entablada entre Satanás y Jesucristo, entre la Iglesia y sus perseguidores.

Ha habido épocas en que la Iglesia parecía estar a punto de perecer.

Si miramos la Historia, cuando la Iglesia alcanzó la paz del Imperio Romano hubo de sufrir otra persecución mucho peor que la de la sangre. Ya no había mártires, sino que vinieron las apostasías. Los herejes sembraron el error, y las sectas, sobre todo la de los arrianos, se multiplicaron por doquier. Pareciera que se hundía todo. Pero abrimos hoy la Historia, y vemos que de aquellas sectas no queda nada, mientras que la Iglesia sigue en pie, cada vez más vigorosa.

Por eso, la Iglesia Católica no nos preocupa como tal; lo que nos inquieta es la suerte de los enemigos y de los apóstatas, porque nosotros queremos la salvación de todos, como la quiere Dios.

Ante este Reino de Jesucristo hay que optar con valentía. En la historia moderna hemos tenido ejemplos preclaros, como el del famoso arzobispo ruso que comparece ante el tribunal al principio de la revolución comunista. El presidente —un sacerdote ortodoxo apóstata— le induce a una respuesta definitiva:

- *Su deber es observar las leyes del Estado comunista, y esto no se lo prohíbe a usted Dios ni su conciencia, sino Roma. Dígame, ¿qué escoge usted, Roma o la Rusia soviética?*

Se hace en la sala un silencio profundo. El confesor de la fe sonríe, y contesta sereno con una sola palabra:

- *Roma.*

Esto es lo que nos pide hoy el Reino de Jesucristo para hacer frente al antirreino de Satanás: una fe inquebrantable a nuestra Iglesia Católica. Fe que no mete ruido, sino que se manifiesta callada en el actuar de cada día.

Una frase del Papa Pablo VI se ha hecho famosa y, digamos, que ya ha hecho y cada vez hará más historia: *El hombre moderno escucha mejor a los testigos que a los maestros*. Nosotros estamos convencidos de ello, y lo mejor que hacemos por la Iglesia es vivir como hijos del Reino.

San Ignacio de Loyola nos describe gráficamente lo que es el reino de Satanás y el Reino de Jesucristo, al ponernos a los dos jefes en sendos tronos que lo dicen todo con solo mirarlos.

- El de Satanás, trono de fuego envuelto en humo, está colocado en la llanura de Babilonia, que significa *confusión*.

- El de Jesucristo, humilde y sencillo, lo vemos en Jerusalén, ciudad de paz.

Así los dos jefes, y así sus seguidores.

En la paz de cada día, en la oración confiada, en la sumisión dócil a Dios, en el gozo del Espíritu Santo, en el trabajo silencioso, en el culto de la Palabra y de la Eucaristía, en el apostolado y en la comunión fraterna, vamos construyendo el Reino de Jesucristo, que hoy lucha, que hoy significa guerra, pero que mañana será triunfo glorioso, completo, definitivo...